

puede hacer otra madre mas excelente: puede hacer un mundo mayor, un cielo mas espacioso, mas brillante y mas bello; pero no puede hacer una madre de una dignidad mas eminente: *Majorem mundum, majus cælum facere potest, majorem matrem non potest.* ¿Quereis saber, dice san Equerio, cuál es esta madre, cuál su dignidad, su santidad y su mérito? Informáos antes, cuál es el hijo que concibió y dió á luz (*Serm. de Nat.*). La carne de Jesus, dice san Agustin, es una parte de la carne de María: *Caro Jesu caro est Mariæ.* Por cualquier parte que mires este misterio, dice san Bernardo, no verás sino maravilla, prodigio y motivo de espanto; pues el que Dios sea hijo de una muger, y le esté sujeto, es una humildad sin exemplo; y el que una muger sea madre de su Dios, y tenga derecho de mandarle, es una gloria, es una grandeza, y es una dignidad que no puede tener igual (*Serm. sup. Miss. est*): *Quod Deus fœminæ obtemperet humilitas sine exemplo: et quod Deo fœminæ principetur, sublimitas sine socio.*

§. XVII.

*Visita la santísima Virgen á santa Isabel,
en cuya casa pasa tres meses.*

Noticiosa por el ángel Gabriel la santísima Virgen del milagroso preñado de su prima santa Isabel, se sintió inspirada á ir á verla, para alegrarse con ella de un prodigio tan no esperado. Con el beneplácito, pues, de su casto esposo san José partió al punto, y fué en diligencia por los montes de la Judea á la ciudad de Hebrón, en donde vivia su amada Prima. El camino era largo é incómodo; era preciso ir de Nazaret á Hebrón, que era una ciudad sacerdotal, situada en la parte meridional de Judea, entre los montes, distante diez ú doce leguas de Jerusalem, y cerca de cuarenta de Nazaret, en donde estaba domiciliada la santísima Virgen. Un viage como este no era muy cómodo para una persona tan delicada; pero su zelo y su caridad la hicieron atropellar por todas las dificultades. No hizo alto sobre las fatigas del viage, por-

que la caridad, dice san Ambrosio, no conoce dificultades é ignora toda tardanza: *Nescit tarda molimina Spiritus sancti gratia.* Por otra parte, queriendo Dios servirse de María para santificar al Precursor en el mismo vientre de su madre, la inspira un viage que es de pura caridad, y ella obedece sin detencion.

Habiendo llegado á Hebrón la santísima Virgen, se fué derecha en casa de Zacarías. Lo mismo fue saber Isabel la llegada de su querida prima, que salirla inmediatamente al encuentro: María la saluda y la abraza; y apenas habia abierto la boca para saludarla, cuando el niño de seis meses que Isabel llevaba en sus entrañas, fue repentinamente ilustrado de una luz celestial. Desde la obscuridad de su prision vió á los que le hacian la honra y el favor de visitarle; y no pudiendo todavía hablar, honró como pudo á Jesus y á María con unos saltos milagrosos, que fueron, dice san Crisólogo, señal y demostracion del gozo, del respeto y de la anticipada gratitud del Precursor. Advirtiolo Isabel, la que, ilustrada con la luz sobrenatural que del hijo resaltó sobre ella, conoció por inspiracion el incomprendible misterio de la encarnacion del Verbo; su alma se llenó del Espíritu santo; y no cabiendo ella misma de gozo, correspondiendo á la urbanidad de su querida prima, y á los honrosos términos con que la santísima Virgen la habia saludado, exclamó en alta voz: *Eres bendita entre todas las mugeres: y bendito es el fruto de tu vientre.* Y considerando al mismo tiempo el extraordinario mérito de la que venia á visitarla, cuya dignidad la habia dado á conocer el Espíritu santo, prorumpió admirada en estas voces: *¿De dónde me viene á mí el que la madre de mi Señor me venga á visitar?* Este es un favor que no puedo yo admirar bastantemente, y que me llena de pasmo y de confusion, sabiendo lo indigna que soy de él. Hasta el mismo niño que llevo en mis entrañas ha sentido ya los maravillosos efectos de tu presencia; pues luego que he oido las palabras con que me has saludado, él tambien las ha oido y ha saltado de gozo. ¡Qué dichosa eres, querida prima, qué dichosa eres, que creiste sencillamente y sin dudar lo que el Angel te dixó de parte de Dios! Aquel Dios todopoderoso que ha empezado á hacer en ti cosas tan grandes y tan prodigiosas, las acabará

y perfeccionará según lo has esperado, te lo ha prometido, y cumplirá su palabra.

Unas alabanzas tan grandes, y una manifestación tan clara de un misterio tan glorioso para María, no la envidiaron: es verdad que no pudo disimular ni callar las maravillas que Dios había revelado á Isabel, y que ésta acababa de publicar; pero quiso atribuirle á Dios toda la gloria, reconociéndose y confesándose indigna de tales favores; y animada del Espíritu santo, de que estaba llena, y dilatando su espíritu y su corazón, pronunció este cántico que es el primero del nuevo Testamento, el cual excede á todos los antiguos, así por el espíritu de devoción que resplandece en él, como por la sublimidad de los afectos, y por la nobleza y magestad del estilo, y es el más precioso monumento de la profunda humildad de la Madre de Dios, el acto más heroico de su eminente santidad, y el más excelente modelo del más perfecto reconocimiento y de la más tierna gratitud: *Magnificat anima mea Dominum (Luc. 1.)*.

« Mi alma glorifica al Señor, dice María, y está llena de un tan santo gozo, pensando en la bondad de Dios mi Salvador, que no puedo callar las maravillas; porque se ha dignado poner los ojos sobre la baxeza de su esclava; por esto me llamarán bienaventurada en todos los siglos futuros. El Todopoderoso, cuyo nombre es infinitamente santo, y cuya misericordia se extiende de generación en generación sobre todos los que le temen, ha obrado grandes milagros en mi favor. De este modo despliega, cuando le place, el poder de su brazo; trastorna los designios de los soberbios, abate á los grandes de la tierra para ensalzar á los pequeños; llena de bienes á los pobres menesterosos, al mismo tiempo que despoja á los ricos de sus propios bienes. Se ha acordado de su misericordia; y por eso quiere levantar á su pueblo Israel en cumplimiento de la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham y á todos sus descendientes. »

Más ilustrada la santísima Vírgen, y mil veces más privilegiada élla sola que todos los profetas juntos, vió de una mirada las antiguas promesas que hizo Dios al pueblo hebreo y su perfecto cumplimiento. En efecto, la

visita y conversacion que tuvieron entre sí las dos primas, es una señal la más evidente que entrámbas profetizaban por el Espíritu santo de que estaban llenas, y por el mérito de sus hijos, dice san Ambrosio: *Duplici miraculo prophetant matres spiritu parvulorum.*

Cerca de tres meses se detuvo la santísima Vírgen en casa de santa Isabel. Ya se dexa conocer, dicen los santos PP. lo ventajosa que sería esta detención á la casa de Zacarías, y qué abundancia de gracias y de bendiciones celestiales atraería sobre los dos santos viejos la morada de la santísima Vírgen; pues si el Señor bendixó tan abundantemente á Obededon y á todas sus cosas por haber tenido tres meses el arca en su casa; ¿ qué bendiciones no derramaría el Señor sobre la dichosa familia de Zacarías y de Isabel en atención á los tres meses que permaneció con ellos María, verdadera arca del nuevo Testamento, y de la cual la antigua no era sino una figura? La pureza con que san Juan vivió toda su vida, dice san Ambrosio, fue uno de los efectos de la unción y de la gracia derramada en su alma por la presencia de la santísima Vírgen.

La visita que la santísima Vírgen hizo á santa Isabel encierra tan grandes maravillas, que la Iglesia ha querido se renovase todos los años su memoria, estableciendo una fiesta particular el día 2 de julio, que es el día siguiente á la octava de la natividad de san Juan Bautista. En efecto, este día fue el primero en que la santísima Vírgen fue reconocida públicamente por Madre de Dios, y honrada como tal. Este fue el día en que Jesucristo santificó á su precursor por medio de la palabra de la santísima Vírgen; y tuvo razón el que dixo, que la santificación de san Juan fue el primer milagro que hizo Dios por medio de la santísima Vírgen. Ninguna cosa manifiesta mejor el poder que el Salvador dió á su madre, dicen san Bernardo y san Bernardino, que la conducta del mismo Salvador en la administración de sus primeras gracias. Si quiere santificar á su precursor aun antes de nacer, le hace esta primera gracia por medio de María: si ha de manifestarse al mundo con el primero de sus milagros, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná, espera á que María se lo pida; queriendo darnos á entender con

esto, dicen los santos PP. que así como no quiso darse á nosotros sino por medio de María; tampoco quiere que recibamos sus gracias sino por medio de esta Señora: *Nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariæ manus non transiret.*

Al representar san Ambrosio esta célebre visita, señalada con tantos misterios, profecías y prodigios, es tanta su admiración, que no puede menos de manifestarla. Isabel, dice este Padre, es la primera que oye la voz de María; y Juan siente y experimenta al mismo tiempo la gracia de Jesucristo. Las dos madres publican exteriormente las maravillas de la gracia, y Juan experimenta dentro los efectos. Jesucristo llena á san Juan de la gracia aligada al ministerio de precursor, y san Juan anticipa las funciones de su ministerio por un duplicado milagro; finalmente, María é Isabel, concluye san Ambrosio, animadas interiormente del espíritu de sus hijos, hacen de su conversacion una série de oráculos y de profecías.

§. XVIII.

Ignora san José el misterio de la Encarnacion, y advierte el preñado de la santísima Virgen.

La mayor parte de los santos PP. y de los intérpretes son de parecer que la santísima Virgen no aguardó al parto de santa Isabel, sino que se volvió pocos dias antes de él á Nazaret, su dulce y amado retiro. El viage no entibió su amor á la soledad, ni la manifestacion de su maternidad divina alteró en nada su profunda humildad. Lo que pasó en Hebrón la hacia demasiado honor para no ocultárselo al mismo san José, ni pensaba en descubrirle lo que el Espíritu santo le habia ocultado hasta entonces: pero estaba demasiado adelantada en su preñado para que el casto Esposo no lo echase de ver. La alta y justa idea que tenia éste de la santidad y de la castidad de su esposa, no le permitia sospechar que hubiese cometido la menor infidelidad: por otra parte estaba informado de su voto de virginidad, era testigo de su delicadeza extremada sobre una virtud que le era tan ama-

ble; y así no dudó que fuese aquella milagrosa virgen de que habla Isaías al capítulo 7, la cual sin dexar de ser virgen habia de dar á luz al Salvador: *Ecce virgo concipiet et pariet filium.* Creyólo, dice san Bernardo; y por un consentimiento de humildad y de respeto semejante á aquel que despues hizo decir á san Pedro, Apartáos de mí, Señor, porque soy un pecador; san José, que no era menos humilde que este Apóstól, pensó apartarse de la santísima Virgen, no dudando que estuviese preñada del Salvador: *Accipe, et in hoc non meam sed Patrum sententiam:* no soy yo quien defiende esto, dice el santo Abad: (*Hom. 2. sup. Miss. est.*), como que sale de mí, sino que es el sentir de los santos PP.

Combatido el santo Esposo de varias olas de pensamientos, no sabia á qué determinarse. Por una parte no podia resolverse á dexarla; y por ótra no se creía bastante santo para quedarse con élla. En esta perplexidad se le apareció un ángel, y le dixo: José, acuérdate que eres de la sangre real de David, de la cual debe descender el Mesías; no creas que es sin misterio el haberte dado el Señor á María por esposa. El niño de que está preñada, y que ha concebido milagrosamente por el Espíritu santo, es el Salvador del mundo, el hijo único del Padre Eterno, el Mesías prometido: Dios te ha escogido para que seas su tutor, su ayo, y en este sentido su padre; y así no temas el quedarte con María, tu esposa, pues eres el custodio, y como el ángel tutelar de su virginidad. Si María hubiese permanecido sin casarse, no hubiera podido ser madre sin infamarse. Cuando nazca el niño le pondrás por nombre *Jesus*, para dar á conocer á los hombres que este niño es el que los ha de redimir y salvar; y que viene al mundo para ofrecerse en sacrificio á su Padre, en calidad de víctima, por la expiacion de los pecados de todos los hombres.

Instruido á fondo san José del mas grande de todos los misterios, en el cumplimiento del cual queria Dios que tuviese alguna parte, confirmado por el ángel del Señor en el alto pensamiento que habia tenido de la sublime dignidad de su santísima Esposa, y tranquilo al mismo tiempo contra los terrores, aunque santos, de su humildad; instruido de todo el ministerio, penetrado de los

mas vivos sentimientos de estimacion, de amor y de reconocimiento, no miró desde entonces á la santísima Virgen sino como al templo vivo de la divinidad, como á la madre del Mesías y del Redentor, y como á la Reyna de los ángeles y hombres. Su veneracion hácia élla se aumentó con su ternura, y su amor á élla creció con su respeto. La admiraba como á la mayor de todas las maravillas: la reverenciaba como á la mas santa que hubiese habido jamás en la tierra: la honraba como á la persona mas respetable del universo; y sus cuidados, su atención y sus officios correspondieron en todo á su estimacion, á su veneracion y á su ternura. La santísima Virgen pasó de este modo con su casto Esposo los seis meses de su preñado, viviendo entrámbos en un perfecto recogimiento, y en una continua meditacion de un tan inefable misterio. Este era el asunto ordinario de sus conversaciones, las cuales eran todas espirituales. Mas semejantes los dos esposos á los ángeles que á los hombres pasaron su vida en una perpetua adoracion, acompañada de los sentimientos del mas vivo reconocimiento y del mas puro amor. ¡Con qué profusion derramaba Dios sus mas insignes favores y sus celestiales tesoros sobre estas dos almas privilegiadas! ¡con qué ternura se comunicaba Dios á uno y á otro! No se duda que desde que se obró el inefable misterio de la Encarnacion, tuvo la santísima Virgen continuamente un gran número de ángeles destinados únicamente á la conservacion y custodia de su sagrada persona, como tan necesaria para la salvacion de los hombres, como tan amada de Dios y tan respetada de todo el cielo.

Se llegaba el término de los nueve meses del preñado de María, cuando queriendo el emperador Augusto tener un estado y razon puntual de las fuerzas y rentas del imperio, mandó hacer la descripcion de todos sus súbditos, entre los cuales se comprendian los judíos; é impuso una capitacion general, la cual era un tributo en que se pagaba un tanto por cada cabeza. Para ello hizo publicar un edicto en que se mandaba, que para evitar la confusion fuese cada uno al lugar de su origen, se hiciese matricular en los registros públicos, y se pagase por cabeza la suma señalada, como se dixo en la vida de Jesucristo. En todo esto no tenia el Emperador sino

finés y motivos de ambicion y de avaricia; pero la Providencia disponia así las cosas para que, precisados José y María á concurrir á Belen, viniese al mundo el Mesías en esta pequeña ciudad, en la cual estaba profetizado que habia de nacer, y con esto se cumpliese la profecía. Aunque san José y la santísima Virgen vivian de asiento en Nazaret, ciudad de Galilea, eran no obstante de la tribu de Judá, y de la casa y sangre de David; y por haber nacido David, y haberse criado en Belen, esta ciudad era como el tronco y solar de todos sus descendientes, y habia retenido siempre el nombre de ciudad de David; y por lo mismo todos los descendientes de este santo Rey debian ir á matricularse en el registro público de dicha ciudad, segun el orden del Príncipe.

§. XIX.

La santísima Virgen pare en Belen al Salvador del mundo.

Informada perfectamente la santísima Virgen de todo lo que habia de suceder, y sabiendo muy bien que paria en Belen, habia prevenido los pañales para envolver al divino Niño luego que naciese. No nos detenemos ahora á contar todas las maravillas que pasaron en este admirable nacimiento, por haber referido toda la historia muy por menor en la vida de Jesucristo; nos contentamos con decir que habiendo ido María y José á Belen, encontraron que todas las posadas estaban ocupadas por los de la misma descendencia real, que habian acudido de todas partes, y siendo mas ricos que ellos, se les habian adelantado. No habiendo encontrado donde alojarse la santísima Virgen y san José, por razon de la multitud de extrangeros que el edicto del Príncipe habia atraido á Belen, se vieron precisados á retirarse á una cueva hecha en una roca, la cual pertenecia á una posada que estaba junto á una de las puertas de la ciudad por la parte de afuera, la cual cueva servia de alvergue á las bestias de carga, y era como una especie de establo ó caballeriza pública. Aquí fue donde la mas santa, la mas augus-

ta y la mas pura de las vírgenes, sin sentir el mas ligero dolor, y sin dexar de ser vírgen, dió al mundo al Rey del cielo y de la tierra, al supremo Señor del universo, al Mesías por tanto tiempo esperado y tan ardentemente deseado, y en que se cumplian perfectamente todas las promesas y profecías. Fue como á media noche del día 25 de diciembre del año 4000 del mundo cuando parió la santísima Vírgen, y desde entonces fue este dichoso día la primera época de la era cristiana.

No es posible comprender cuáles fuéron los sentimientos de gozo, de veneracion y de ternura de aquella dichosa Madre al tener por la primera vez en sus brazos á aquel divino Niño á quien adoraba y reverenciaba como á su Dios, y á quien amaba como á su único hijo. A la verdad, este gozo se hubiera disminuido en parte por la indignidad del lugar á que su pobreza la habia reducido, si ilustrada de una luz sobrenatural, no hubiera descubierto todo el misterio de una providencia tan extraordinaria. Pero como madre, y la mas tierna de las madres, no dexó de sentir todo lo que su estado ocasionaba á su querido hijo de incomodidad y humillaciones. Es verdad que la llegada de los pastores, y poco despues la de los reyes Magos, la consoláron bastante, viéndolo que mientras que el mundo recibia tan indignamente al supremo Señor del universo, todo el cielo corria á tributarle sus adoraciones y sus homenajes; y que mientras que viniendo Dios á su propia heredad y á su propia casa, no era recibido de los suyos, unos príncipes extrangeros venian á adorarle y á reconocerle como á verdadero Dios, como á Rey de los judíos y como al Mesías.

La santísima Vírgen quiso saber individualmente de los pastores y de los reyes Magos quanto les habia sucedido con motivo del nacimiento de su divino hijo, sin perder ni una circunstancia de todo lo que oía contar de milagroso y extraordinario; todo lo cual lo meditaba despues interiormente, considerando con el mayor gozo como se habian cumplido perfectamente, y hasta las menores circunstancias, así las profecías que habia meditado tan repetidas veces, como las promesas que el ángel Gabriel la habia hecho.

Aunque la santísima Vírgen estaba plenamente ilustra-

da sobre todo lo que pertenecia al misterio de la encarnacion del Verbo divino, con todo no dexaba de adquirir todos los dias nuevas luces y un conocimiento experimental, á vista de las maravillas que cada día sucedian con motivo de estar ya en el mundo este Hombre-Dios, su querido hijo. Pero lejos de derramar hácia fuera su gozo y su corazon en conversaciones que hubieran podido satisfacer al amor propio, encerraba todo su gozo y su admiracion dentro de su alma, no hablando jamás de un misterio de que la resultaba una gloria y una honra tan grandes. Jamás se vió tanta prudencia, tanta reserva, tanta modestia como las que se veían en la santísima Vírgen y en san José. Contentábanse con admirar y glorificar á Dios interiormente por todas las maravillas que obraba, sin cuidarse de hablar de ellas con los demas, dexando á la divina Providencia el cuidado de manifestar á su tiempo el tesoro que poseían.

§. XX.

La purificacion de la santísima Vírgen.

A los cuarenta dias del nacimiento del Salvador, los que habian pasado en Belen un poco menos mal alojados que en el establo, el día 2 de febrero la santísima Vírgen y san José, religiosos observantes de la ley, fuéron á Jerusalem á cumplir la ceremonia legal de la presentacion del hijo, y de la purificacion de la madre.

Es evidente que la ley de la purificacion de ningun modo hablaba con María, la cual, habiendo concebido únicamente por el Espíritu santo, y habiendo logrado ser madre sin dexar de ser vírgen, no podia tener necesidad de purificarse, y por consiguiente, no estaba comprendida en una ley que solo se dirigia á las mugeres ordinarias. Toda purificacion supone alguna mancha; ¿pero qué impureza podia haber en la que, sin dexar de ser vírgen, habia logrado ser madre, dice san Agustin? *Unde sordes in virgine Maria?* ¿Qué mancha en aquella en quien el Verbo divino se hizo carne? María, pues, estaba absolutamente dispensada de esta ley; pero basta que fuese éste un acto de humildad y de religion para creerse obligada á cumplirle

sin atender á su calidad de madre de Dios, ni á su privilegio de vírgen: ve que el mismo Jesucristo se habia sujetado á la ley humillante de la circuncision, no es razon, pues, dice, que me dispense yo de la purificacion legal cuarenta dias despues de mi parto.

En consecuencia de esto se fue al templo con su querido hijo en los brazos; ofreció al Señor dos pichones, como la ley lo ordenaba, respecto de los pobres, pues María jamás se avergonzó de serlo: dió tambien cinco siclos, lo que hacia como unas cuatro pesetas de nuestra moneda, por el rescate de aquel que habia de inmolarsse un dia en la cruz por la redencion de todos los hombres; al cual le rescató para criarle, digámoslo así, como una sagrada víctima que se le habia encargado, y que élla tenia solo en depósito.

Si en esta ceremonia hizo la santísima Vírgen un gran sacrificio como vírgen, sujetándose á la purificacion legal, no le hizo menor como madre, presentando á su querido hijo; pues ofreciéndole al Eterno Padre, se le ofrecia para la muerte de cruz, á pesar de toda su ternura maternal, sacrificando así todo lo que tenia de mas amado y de mas precioso en el mundo para la salvacion de todos los pecadores. Por esto aplica san Buenaventura en esta ocasion estas palabras de san Juan (Joan. 3). *Sic Deus dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret.* María, dice el santo Doctor, amó al mundo hasta dar á su hijo único por su rescate: *Sic Maria dilexit mundum, ut filium suum unigenitum daret.*

Bastante sabido es lo que pasó en esta santa ceremonia, y sobre todo la prediccion que el santo viejo Simeon hizo á María cuando teniendo al divino Infante en sus brazos, y encarándose á su madre, la dixo: Eres la mas dichosa de todas las mugeres, por tener un hijo como éste; pero preveniente para ser la mas afligida, pues verás con tus propios ojos el indigno modo con que será tratado un dia por aquellos mismos cuya salvacion habrá procurado por todos medios. Te digo tambien que este divino Niño, que es el objeto de tus delicias, y de las complacencias de Dios su padre, será puesto por blanco de la contradiccion; y aunque ha venido al mundo por la salvacion de todos, sin embargo, muchos por su culpa no se aprovecharán del beneficio de la redencion; y así al que no habrán querido tener por

Salvador, le tendrán por juez. Finalmente te digo á ti en particular, que tendrás no poca parte en todo lo que padecerá este tu querido hijo, y que una espada traspasará tu alma por el dolor que sentirás al verle padecer y morir en el mas cruel de todos los suplicios.

Es probable que esta prediccion no la cogió de nuevo á la santísima Vírgen. Instruida en todo el misterio, habia ido élla misma á ofrecer su querido hijo al Eterno Padre en calidad de víctima, consintiendo y subscribiendo de todo corazon á cuanto el Salvador habia determinado padecer y sufrir por la salvacion de los hombres. Esta resignacion en la voluntad de Dios, este asenso á sus órdenes no fue el menor sacrificio que la santísima Vírgen tuvo que hacer durante su vida; y por esto, sin duda, no se movió ni dió un paso por defender la inocencia de su querido hijo durante su pasion.

§. XXI.

*Huye la santísima Vírgen á Egipto
con el niño Jesus.*

No estuvo mucho tiempo María sin ver el cumplimiento de lo que el santo viejo Simeon la habia predicho tocante á las persecuciones que se suscitarian contra su hijo; pues apenas la santa familia habia llegado á Nazaret, de vuelta de Jerusalem, cuando un ángel se apareció en sueños á san José, y le dixo de parte de Dios que se levantara al instante, que tomara al niño y á la madre, y huyera á Egipto, y que no volviera sin una orden expresa del cielo; porque va á suceder, le añadió, que Heródes buscará al niño para quitarle la vida; y así no hay que perder tiempo. Levántase José, toma á la madre y al niño, y se retira á Egipto. El viage era largo é incómodo, sobre todo para una muger jóven y muy delicada. El término del viage no podia servirles de consuelo, pues iban á vivir á una tierra extraña entre un pueblo idólatra, y naturalmente duro con los extrangeros. Pero Dios, en cuya mano están los corazones de todos los hombres, trocó de tal suerte el de los egipcios en favor de esta familia refugiada, que fue recibida de todos con una benignidad y una caridad, cuales no se de-